



Joseph Pitard, un estudioso de la botánica canaria en los albores del siglo XX

Clara Curell y José M. Oliver

Uno de los ilustres estudiosos de la flora canaria que ha sido merecedor de ser representado en la Fuente de los Sabios del Jardín Botánico “Viera y Clavijo” de Gran Canaria es el francés Charles-Joseph Pitard, al que se le debe una obra de obligada referencia en el ámbito de la botánica atlántica, *Les Îles Canaries. Flore de l'Archipel*.

Este naturalista, nacido el 30 de octubre de 1873 en la localidad de Laval (Loira occidental), se licenció en Ciencias Naturales por la Universidad de Burdeos en la que iniciaría, en 1896, una brillante carrera docente e investigadora. En junio de 1899, con un estudio sobre anatomía vegetal comparada, obtuvo el grado de doctor por la Universidad de París y, dos años más tarde, gracias a una nueva tesis defendida esta vez en la Facultad de Medicina y Farmacia bordelesa, accedió a la categoría de farmacéutico superior. En 1902 fue contratado como ayudante en la Facultad de Medicina y Farmacia de Tours, en la que conseguiría poco después la titularidad de la cátedra de Ciencias Naturales.

Desde muy joven, Pitard manifestó un gran interés por el medio natural, especialmente por la botánica, por lo que no es de extrañar que a los 16 años dispusiera ya de colecciones de fósiles y mariposas y que hubiera empezado a reunir sus primeros herbarios. Una vez alcanzada la edad adulta, dedicó todos sus ratos libres a herborizar, primero en su región natal, después en otros lugares de Francia y, más tarde, fuera de las fronteras francesas. De ese modo, conoció distintos parajes europeos, como Suiza, Italia, el Alto Aragón o Andalucía, viajó hasta el norte de



África y tuvo la oportunidad de visitar en dos ocasiones el Archipiélago Canario. Como resultado de todas las exploraciones que llevó a cabo entre 1889 y 1913 y del intercambio de ejemplares con otros botánicos, se hizo con una colección de variedades vegetales de más de 34.500 ejemplares –de las que 2.028 corresponden a Canarias– que, según su voluntad, se conserva en el Museo Nacional de Historia Natural de París.

A pesar de que la grave dolencia que padecía desde su juventud hizo que su afán explorador se viera gradualmente disminuido, aprovechó las recomendaciones facultativas de huir del frío continental para desplazarse a regiones más cálidas y poder, de esta forma, proseguir sus investigaciones. Sus primeros viajes por motivos de salud fueron, precisamente, los que hizo a las Islas durante los inviernos de 1905 y de 1906, a los que les siguieron los siete que realizó al norte de África (Túnez, Libia, Marruecos y Argelia) hasta 1913. Fruto de estas expediciones son los dos estudios por los que es más conocido: su extensa monografía sobre la vegetación canaria y su *Contribution à l'étude de la flore du Maroc*. A partir de esta fecha, sus investigaciones se orientaron más bien hacia la botánica sistemática, dedicando los últimos catorce años de su vida a colaborar casi en exclusiva en la monumental *Flore Générale de l'Indo-Chine*, de la que redactó un buen número de fascículos.

Su fructífera trayectoria científica se vio recompensada con distintas condecoraciones de instituciones francesas y extranjeras, así como con la designación de miembro correspondiente del Museo Nacional de Historia Natural de París. Con todo, la distinción que el insigne botánico francés más apreció fue, sin duda, la que le ofreció su colega Jules-Aimé Battandier al bautizar un nuevo género de plantas con el nombre de *Pitardia*. La propuesta de su nombramiento como caballero de la Legión de Honor, que hubiera significado el broche de oro a su carrera, no llegó a prosperar debido a su fallecimiento, ocurrido el 29 de diciembre de 1927 en Grasse (Provenza).

La relación de Pitard con Canarias se inició, como ya se ha señalado, a principios de 1905, cuando se le presentó la ocasión de visitar estas tierras por vez primera. Se desconoce la razón exacta de su desplazamiento, aunque no cabe duda de que en su elección fue determinante la bonanza del clima canario, que



ya conocía por los informes que había podido leer de viajeros anteriores, como Gabriel de Belcastel (1861), Edmond Cotteau (1889) o G. Verschuur (1903). De este modo, cuando su médico le prescribió una estancia terapéutica en un lugar cuyas condiciones climáticas fueran beneficiosas para su delicada salud, le pareció que el Archipiélago reunía todos los requisitos, puesto que además le brindaba la oportunidad de estudiar su particular vegetación, de la que, con toda certeza, tenía también noticias. Para poder sufragar el viaje, se dirigió al Ministerio francés de Instrucción Pública que le concedió una ayuda y, muy probablemente, lo puso en contacto con el que se convertiría en su compañero de ruta, el joven magistrado y futuro político Louis Proust, interesado en conocer la realidad socioeconómica canaria.

Así, tras cruzar la Península, estos dos curiosos intelectuales llegaron a Cádiz para embarcar en el vapor *Hespérides* que cubría la línea con Canarias. Después de haber costeadado durante varios días el continente africano, el 22 de enero de 1905 avistaron Tenerife, lo que hizo aflorar de inmediato todo el bagaje mítico con el que solían llegar cargados tantos viajeros ilusionados:

De repente una brisa tibia nos sorprende agradablemente y nos hace respirar los cálidos perfumes del heliotropo y del naranjo. Nos acercamos a estas islas 'afortunadas' tan celebradas por los antiguos, donde el aire [...] siempre es de una infinita pureza y donde los rigores del invierno nunca se llegan a padecer.

A lo largo de cuatro meses, Proust y Pitard se dedicarían a recorrer todos los rincones del Archipiélago, desde las islas capitalinas hasta el más pequeño de los islotes. El balance de su estancia fue tan satisfactorio –no sólo desde el



Efigie de Joseph Pitard en el Jardín Botánico "Viera y Clavijo" de Gran Canaria.



Barranco de Las Mercedes (Tenerife)".

punto de vista científico, sino también como experiencia personal— que, siete meses más tarde, nuestro botánico volvería a Tenerife, esta vez en compañía de otro compatriota, el médico Henri Mattrais. Dado que durante su anterior viaje ya había llevado a cabo el estudio de la vegetación de los territorios más orientales, en esta ocasión dirigió sus esfuerzos a las regiones más frondosas con el propósito de completar el catálogo de la flora insular que había iniciado con Proust. De este modo, empleó el mes de enero de 1906 en visitar Tenerife, a lo largo de febrero prosiguió sus trabajos en Gran Canaria, en marzo exploró La Palma y terminó su recorrido rastreando La Gomera y El Hierro durante buena parte del mes de abril.

Las principales vivencias y observaciones obtenidas en ambos viajes quedarían reflejadas en dos monografías que Pitard firmó conjuntamente con Louis Proust: *Les Îles Canaries. Description de l'Archipel* y la ya mencio-



nada *Les Îles Canaries. Flore de l'Archipel*.

El primero de los libros en los que dejaron constancia de su experiencia insular es un típico relato de viajes de la época, en el que la observación directa y las consideraciones científicas se combinan con detalles e impresiones sobre la variopinta realidad canaria. De este modo, dedicaron unos capítulos iniciales a cuestiones generales sobre la geografía física y política, así como acerca de su historia y sus habitantes, consagrando los siguientes a cada una de las islas en particular. Podemos ver, así, que los datos más objetivos coexisten con vivencias personales, juicios de valor e, incluso, algún que otro comentario jocoso:

Las mujeres se visten a la europea, aunque tienen la original costumbre de envolverse la cabeza con celoso cuidado. Un primer pañuelo, que se atan por debajo de la barbilla, les cubre el centro de la cabeza; encima de éste, otro más grande les rodea completamente la cabeza en forma de turbante, pero de tal manera que las puntas caen por detrás; finalmente, sobre todo esto se ponen un gorrito de paja o de fieltro que evoca, sin ningún género de duda, el sombrero que lucen los payasos de nuestros circos.

Pero, además, los autores aspiraban a que su estudio fuera “lo suficientemente digno como para servir de guía al viajero que desee recorrer todo el Archipiélago Canario en una misma temporada”, por lo que incluyeron toda una serie de indicaciones, de consejos prácticos y de itinerarios que, efectivamente, acercaban su crónica al estilo de las primeras guías turísticas. Así, por ejemplo:

En el Puerto de la Cruz podemos encontrar todas las comodidades: buenos hoteles a precio muy moderado, pequeñas ramblas en la villa y, en las afueras, interesantes excursiones. Una de éstas consiste en ir a pie, por un sendero que bordea el mar, desde el puerto hasta el estuario del *barranco* del Realejo Bajo; son unos diez kilómetros que se pueden hacer tranquilamente en cuatro o cinco horas.

El segundo de los dos volúmenes, y también el más conocido por los especialistas, es la *Flore de l'Archipel*, que a pesar de aparecer firmada



también por Louis Proust –cuya aportación se limitó a algunos apuntes de carácter geográfico–, fue concebida y redactada en su casi totalidad por nuestro botánico. Con esta monografía, Joseph Pitard se proponía “ofrecer un panorama lo más completo posible de la vegetación de todas las Islas Canarias”, señalando su evolución e involución, su localización, sus variaciones, sus afinidades con especies de otras latitudes, el número de endemismos, los índices de extensión y extinción, etc. Tras un amplio estudio introductorio sobre las condiciones físicas, geológicas, ambientales, atmosféricas y químicas del Archipiélago, la parte principal del libro la constituye un catálogo razonado de 418 páginas que está dividido en dos grandes secciones: la primera dedicada a las plantas vasculares (fanerógamas dicotiledóneas, fanerógamas monocotiledóneas, fanerógamas gimnospermas y criptógamas) y la segunda a las plantas celulares (musgos y hepáticas). Todo este repertorio se ordena alfabéticamente en una extensa tabla que da cuenta de las familias, géneros y especies descritas. El volumen se cierra con un anexo que contiene 25 fotografías de distintos parajes de Tenerife, Gran Canaria, La Palma y El Hierro, la mayoría de ellas probablemente tomadas por Pitard.

Aunque el mismo Pitard reconoce en las primeras páginas del libro que hubiese necesitado al menos un año más para completar su ambicioso programa, el temor –que resultó luego infundado– a que el botánico alemán Johann Heinrich Schenk publicara una memoria similar hizo que concluyera su obra de forma un tanto precipitada. Así, por ejemplo, para la parte dedicada a las plantas hepáticas y muscíneas reprodujo íntegramente el artículo que, un año antes, había publicado con Louis Corbière y Giovanni Negri en el *Bulletin de la Société Botanique de France*, mientras que le faltó tiempo para redactar el capítulo referente a los líquenes. Afortunadamente, en 1911 vería la luz su “Contribution à l’étude des Lichens des îles Canaries” (firmada con Julien Harmand), que ha sido considerada una de las más completas aportaciones al estudio de este tipo de plantas.

Pese a las deficiencias derivadas de las prisas, parece indudable que la *Flore de l’Archipel* supuso, en su momento, una meticulosa renovación



Las sabinas de La Dehesa en El Hierro.

del inventario de la flora canaria al catalogar 1.352 especies, de las que 67 se señalaron como nuevas. Por otra parte, su validez sigue siendo innegable, pues se ha revelado como una excelente guía a la que continúan acudiendo los estudiosos de la vegetación atlántica.

No queremos concluir estas páginas sin dedicar unos párrafos a otra de sus obras, un pequeño y curioso texto que ha pasado desapercibido entre los especialistas de los estudios canarios. Se trata de *Sur l'Atlantide*, un opúsculo de dieciséis páginas que recoge una conferencia que el botánico francés impartió en la facultad de Medicina y Farmacia de Tours el 7 de diciembre de 1905, es decir, pocas semanas antes de emprender su segundo viaje al Archipiélago.

En este discurso el profesor Pitard señalaba que uno de los problemas más apasionantes que se había propuesto estudiar cuando, por primera vez,



se planteó visitar las Islas era la controvertida cuestión de la existencia de la legendaria Atlántida, a la que, según él y tras los intentos fallidos de otras disciplinas (geografía, historia, zoología, lingüística, oceanografía y geología), sólo las ciencias naturales y, en particular, la botánica podían dar solución. De ese modo, defendió ante su auditorio que, gracias a las investigaciones efectuadas en el transcurso de su estancia, se hallaba en disposición de afirmar que esas islas constituían, sin ningún género de duda, los vestigios de aquel desaparecido continente:

La Atlántida se halla actualmente representada por unos cuantos roques dispersos en el seno de las aguas [del Océano] y los atlantes por unos cuantos pastores que han perdido hasta el recuerdo de su pasada gloria, pero a quienes la fortuna les ha permitido conservar el más inapreciable de los tesoros dados a los hombres: ¡la libertad!

El naturalista basaba su teoría en las estrechas similitudes que presentaba buena parte de la flora endémica canaria con la de otras regiones de Oriente, África del Sur y, sobre todo, del Mediterráneo. Pero además, se mostraba persuadido de que el hallazgo de unos fósiles en las paredes del Barranco Seco de Gran Canaria constituía, por su antigüedad, " ¡la tan ansiada prueba de la existencia, ya indiscutible, de esta maravillosa Atlántida! ". Su segundo viaje a las Islas fortalecería, aún más si cabe, su convicción, hasta el punto de llevarlo a reproducir su argumentación y buena parte del texto de esta conferencia en las dos extensas monografías que recogen su experiencia canaria a las que ya hemos aludido.

En este breve pero intenso texto, sus sólidas explicaciones científicas se ven a menudo entreveradas de muestras de un apasionado entusiasmo que desvela sus cualidades literarias, de las que también haría gala en sus obras posteriores. Valga como ejemplo el siguiente fragmento en el que líricamente describe el tan celebrado valle de La Orotava:

Desde su umbral, la mirada abarca todo el valle de La Orotava, ¡el más hermoso de la Tierra! A la izquierda, el grandioso Teide alza, deslum-



Manto de nubes en la Cumbre Nueva (La Palma).

brante en medio de los cielos, su nevada cumbre. Ríos de afilada lava se precipitan, arrojados impetuosamente, desde el cráter y se fraguan en Las Cañadas en formas fantásticas. Más allá, en las empinadas laderas, se escalonan densos bosques de laureles y, a los pies del gigante, las plataneras y los altivos penachos de palmeras centenarias cimbrean bajo la brisa. En la costa, orlada de numerosos promontorios, el Puerto de la Cruz inundado de luz; luego, difuminados por una imprecisa lejanía, Los Realejos, San Juan, los dos Icod, perdidos en la blancura de las jaras. Por fin, a la derecha, el velo azulado del mar que parece unirse al infinito añil del cielo por medio de no se sabe qué misteriosa costura.

Para concluir esta breve semblanza queremos hacernos eco de un rasgo que, según quienes lo conocieron y trataron, marcó la personalidad de Joseph Pitard y dejó huella en su obra canaria: su generosa disposición



Las Cañadas y el Pico Teide.

para compartir sus hallazgos. Una prueba de ello reside en que, tanto en su primera estancia como en la segunda, se preocupó por recolectar y enviar más de 850 muestras de plantas a varios botánicos y a distintos museos o jardines de Europa (París, Génova, Ginebra, Budapest, Groninga y Leyden), de África (Ciudad del Cabo), de América (Saint Louis en Missouri) y de Australia (Sidney), todo ello con el fin de contribuir a ampliar el conocimiento de la flora canaria y con el ánimo de que sus colegas completaran o modificaran las etiquetas que las acompañaban. Otro detalle ilustrativo es el haber elegido el apellido de su amigo y compañero de viaje Louis Proust para denominar el endemismo conocido como “guzmán” o “lechuguilla” (*Tolpis proustii*) y que él recogió en los Riscos de Sabinosa.



Selección bibliográfica

BRIQUET, J. y François CAVILLIER (1930): "Charles-Joseph Pitard (1873-1927). Notice biographique. Précédée d'un hommage à la mémoire de C.-J. Pitard par Raoul Mercier". *Candolle*, IV, 202-240.

CHANEL-TISSEAU DES ESCOTAIS, Josette (1990): "Algunos datos acerca de la obra de Louis Proust y Charles Joseph Pitard, intitulada *Las Islas Canarias*", en *Actas del VII Coloquio de Historia Canario-Americana (1986)*. Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria e Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1990, t. II, 143-161.

OLIVER FRADE, José M. (2007): "Nuevos datos sobre la relación de Joseph Pitard y Louis Proust con Canarias". *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 25, 483-492.

PITARD, Joseph (1906). *Sur l'Atlantide*. Tours: Imprimerie Tourangelle.

PITARD, Joseph y Louis PROUST (s.a. [1908]). *Les Îles Canaries. Flore de l'Archipel*. París: Paul Klincksieck.

PROUST, Louis y Joseph PITARD (s.a. [1908]). *Les Îles Canaries. Description de l'Archipel*. París: Paul Klincksieck.

PROUST, Louis y Joseph PITARD (2007): *Las Islas Canarias. Descripción de Tenerife*. Estudio introductorio, traducción y notas de José M. Oliver Frade. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.